

LORD COCHRANE

Y LA DEFENSA DE ROSAS

Por

Carlos LOPEZ Urrutia



POCO SE conocen en Chile las hazañas de Lord Cochrane durante su servicio bajo el pabellón inglés. La publicación de sus "Memorias" no ha sido sino una parte de su obra "Narrative of Services" y no se ha traducido tampoco su "Autobiography of a Seaman" en la que se incluyen sus recuerdos de los cruceros en el Mediterráneo.

Después de su elección a la Cámara de los Comunes por Westminster, Cochrane se había convertido en el más agudo crítico del gobierno. Con el fin de sacárselo de encima se le había dado el mando de la fragata "Imperieuse". El almirante Collingwood, a cargo de la fuerzas navales en el Mediterráneo, que reconocía el valor de Cochrane, le dio el mando de una escuadra que bloqueaba las islas Jónicas.

Con su carácter siempre impetuoso, el nuevo comodoro procedió a acusar al oficial a quien debía reemplazar, de embolsacar parte de los caudales destinados a la escuadra. La denuncia, lejos de traer las amonestaciones esperadas, resultó en un cambio de órdenes, perdiendo Co-

chrane el mando de la escuadra. Se le encomendaron operaciones de patrullaje con su fragata por la costa española del Mediterráneo.

Cochrane participó en varias acciones de guerra hasta que supo que los franceses se aprestaban a apoderarse de Rosas. Las órdenes de Cochrane eran ayudar a los españoles en su lucha contra los invasores y la defensa de Rosas le pareció asunto de suprema importancia. En efecto, tropas al mando del general francés Saint Cyr habían cruzado la frontera y se habían apoderado de Figueras y Girona. Rosas quedaba por lo tanto en una posición estratégica de mucha importancia. Barcelona estaba bloqueada por mar y si Rosas se defendía, los españoles podrían cortar fácilmente los refuerzos franceses obligando al enemigo a romper el cerco o a capitular en Barcelona. Rosas era la llave para toda Cataluña en ese momento.

Al llegar a Rosas el 20 de noviembre de 1807 Cochrane se enteró que seis mil soldados franceses habían capturado la ciudad y las alturas que la rodeaban. Sólo les faltaba conquistar el castillo de la Trinidad y los baluartes defensivos que ayudaban en su defensa. Tanto el casti-

llo como las defensas habían resistido con éxito los ataques del enemigo. Entre los defensores se encontraban las marinerías de los buques ingleses "Excellent" y "Meteor" que habían rechazado los ataques del general francés Reille. Los franceses no desanimaron y decidieron sitiar la fortaleza hasta rendirla. Se instalaron baterías de campo que podían batir impunemente a las fortificaciones y se empezaron los aprestos para un ataque definitivo. Los capitanes ingleses consideraron la posición indefensible y se retiraron a sus buques dejando a los españoles en el castillo.

La posición era difícil. Los fuertes se encontraban escalonados en la ladera de un cerro. La explanada que daba al primero de ellos era de fácil acceso desde la playa y fácil de defender con el apoyo de los buques. Dos fuertes más se alzaban a medio cerro, reforzando al primero y por encima de ellos, coronaba las defensas una fuerte torre de piedra. Los fuertes no tenían cañones y de haberlos tenido habrían sido de poco uso, pues no se podía batir el lado opuesto del cerro. La enorme torre se interponía. La demoralización y el escaso número de defensores se sumaban al desaliento general que la posición misma provocaba. Cochrane se determinó a defenderla aún cuando estaba a ojos vistas que la prudencia demostrada por los capitanes ingleses al retirarse estaba plenamente justificada.

Cochrane se acercó primero con su fragata y abrió fuego contra las baterías francesas acortando la distancia de manera que sus tiros causaran el mayor daño posible. Este primer cañoneo desalojó a las tropas y artillería francesas que se oponían a un desembarco, pero no fue posible obtener el mismo resultado con la artillería que disparaba directamente contra el castillo, debido a la gran elevación con respecto a los cañones de a bordo. Pero la explanada de entrada al fuerte y el desembarcadero habían quedado libres de peligros inmediatos.

Los franceses cambiaron inmediatamente de táctica. En vez de atacar a las naves, decidieron capturar cuanto antes el castillo, único objeto de la presencia de los ingleses. Al redoblarse los esfuerzos en tierra, el capitán español consultó con Cochrane sobre los términos de ren-

dición que podría imponer a los franceses. El escocés se negó a escucharlo e hizo desembarcar a toda su infantería de marina y a varios voluntarios de la tripulación. El castillo estaba en ruinas, cuernas destrozadas y cañones reventados se esparcían por doquier. Un aspecto más desolador de un campo de batalla que presagiara la derrota no podía imaginarse. Cochrane comprendió que la defensa no podía sostenerse indefinidamente, pero sabía que la Junta de Gerona se aprestaba a enviar refuerzos. Si con sus marinos lograba defender la posición hasta la llegada de los refuerzos, tal vez sería posible salvar a Cataluña.

Una vez instalado en tierra, Cochrane se dedicó a estudiar las defensas. Los tres reductos escalonados ofrecían algunas ventajas, pero los franceses se habían apoderado de la cima y aún cuando sus baterías no podían disparar contra las bases de la última torre, un grupo de mercenarios suizos se había instalado en la cumbre y barría las troneras y las aspilleras del castillo español. Pero en el interior del castillo, precisamente donde los franceses habían logrado abrir una brecha, había un enorme arco de 18 metros de alto. El comandante hizo aflojar la piedra maestra del arco de manera que si los franceses irrumpían a través de la brecha, se sacaría la piedra y los escombros caerían sobre los atacantes. Como al frente del forado había una pendiente, Cochrane hizo construir una especie de embudo de madera, el que hizo engrasar. De esta manera, cualquier atacante que cayera en él, iría a parar al fondo de un corralón sin salida. Era una excelente ratonera de donde no podría salir ningún enemigo sin ayuda exterior. Por último, hizo conectar mechas a la santabárbara, de manera que en caso de verse forzado a evacuar su posición, la explosión final destruiría las defensas con el enemigo adentro.

Los franceses instalaron una nueva batería de seis cañones de 25 libras, en una posición en la cual la pendiente del cerro la hacía acercarse a sólo 25 metros de los defensores. Una vez instaladas, estas piezas se detenían sólo para permitir que se enfriaran las cañas manteniendo un fuego continuo sobre las defensas. Pero estos tiros no causaban mayores daños dado el estado ruinoso de las fortifi-

caciones. Bastaba con apilar nuevamente los bloques de granito, entretenimiento al que se dedicaban los marineros ingleses la mayor parte del día. Sin embargo, al impactar, el tiro hacía volar los fragmentos de piedra en varios tamaños, lo que causaba numerosas contusiones entre los defensores. Tan bien colocada estaba la batería y tan regular el intervalo de sus disparos que era posible determinar dónde daría el tiro siguiente con sólo observar el impacto del cañonazo anterior. Pero quiso la mala suerte que a Cochrane le diera de lleno en la cara un pedazo de granito de regular tamaño.

Según su propia versión, el cascotazo le hundió la nariz hasta llenar su cavidad bucal (1). Bien podemos imaginarnos el dolor de esta lesión, especialmente cuando leemos que el doctor, introduciendo sus manos e instrumentos por la boca, logró restaurar la nariz a su posición original, pero sin poder contener el dolor y la hinchazón. Para quienes habían servido a las órdenes de Cochrane en el "Speedy" y habían observado su disfraz rojinegro en esa ocasión, no era de extrañar la poco bizarra figura del comandante, con una nariz enorme, la boca hinchada y ambos ojos en tinta.

Pero no por este accidente dejó Cochrane de preparar las defensas. Por el contrario, se hizo uso de cuanto efecto se pudo encontrar. Se levantaron barricadas interiores con barriles, ladrillos, maderos y piedras. Se minó la entrada y se sacaron las cadenas del buque para reforzar las barreras. Habiendo a bordo de la "Imperieuse" muchos anzuelos enormes, los hizo también traer a tierra y los distribuyó estratégicamente colocándolos en los lugares que le parecieron los mejores agarraderos, en el suelo de la pendiente y en las paredes. El embudo de madera debidamente engrasado recibió sus anzuelos de refuerzos.

Cuando todavía no se terminaban estos preparativos llegó un contingente de refuerzo. Se trataba de una compañía de guardias irlandeses al servicio español. Al ver estos cómicos preparativos se lanzaron de lleno a la aventura preparando nuevas celadas y tendiendo toda clase de trampas contra los franceses.

El total de la fuerza defensora no pasaba de 200 hombres. A los 130 marinos y soldados de infantería de marina de

Cochrane se sumaban tres compañías, una de irlandeses, una de suizos y una de españoles. Los víveres eran escasos y las comodidades nulas. "Nunca hubo tropas peor pagadas, ni alimentadas, ni que sirvieran de mejor blanco al enemigo —dice Marryat—, todos vivíamos como cerdos; paja inmunda y piojenta era nuestro lecho y la comida estaba en igual estado de lujo, de comandante a paje sin distinción ninguna" (2). Tal era la escasez de víveres que Cochrane hacía tocar los pitos de llamadas a rancho y luego él mismo se llenaba el estómago con agua si es que no se había desembarcado el exiguo rancho en los botes de la fragata.

Pero pronto se estableció cierta rutina. Durante la noche los defensores se dedicaban a llenar sacos de arena, a remover escombros y a taponear las brechas causadas por la artillería enemiga que sin duda alguna comenzaría su devastadora tarea al amanecer. Poco tiempo quedaba en la noche para dormir y en el día debía mantenerse la más estricta vigilancia para protegerse contra las sorpresas. Los defensores no osaban levantar la cabeza por encima de los parapetos, pues otra compañía de guardias suizos, al servicio de Francia, disparaba desde la altura y mataban a quienes aparecieran "como si fueran perdices" (3).

Los mercenarios suizos que servían a los franceses quedaban casi al mismo nivel de los suizos que servían a los españoles. Ningún otro cuerpo demostraba mayor valentía ni era más fiel a su bandera que estos mercenarios, pero estaban tan cerca y se ponían en contacto tan a menudo, que a veces clamaban a treguas de una hora. Durante este lapso se comunicaban noticias de amigos comunes y a veces reconocían a hermanos u otros parientes cercanos en las filas enemigas. Se reían y hacían bromas hasta que, vencido el plazo, volvían a dispararse con la misma ferocidad que antes.

Las precauciones y el mejoramiento de las defensas habían detenido momentáneamente a los franceses y en tres semanas de sitio Cochrane había perdido sólo 20 hombres.

El 27 de noviembre llegaban a Rosas dos mil soldados españoles enviados desde Gerona, pero, al enterarse de que la ciudad estaba en poder de los franceses,

se retiraron. Fue ese el momento en que cualquier otro capitán menos decidido habría abandonado sus posiciones. Pero Cochrane, aún cuando tiene que haber juzgado la batalla perdida, decidió mantenerse y esperar el ataque de los franceses, que estaba seguro de poder rechazar.

En la madrugada del 30 tuvo Cochrane el presentimiento de que el enemigo se movía. Luego de recorrer los puestos de atalaya y de no encontrar señal alguna, se detuvo frente al mortero que estaba cargado para disparar contra la posible avenida de ataque del enemigo. En su nerviosismo y tal vez poseído del sexto sentido que le indicaba la proximidad del combate, Cochrane disparó el mortero. El tiro fue inmediatamente contestado desde la obscuridad con una salva de mosquetería del enemigo que avanzaba.

—“¡A las armas! ¡Ya vienen!”— gritó el propio comandante y en menos de tres minutos todos los defensores estaban en sus puestos. El enemigo se acercaba ya a los muros provisto de escaleras y ganchos. Había logrado con gran sigilo y en completo silencio llegar hasta la pared misma. Pronto los primeros franceses aparecieron en la cima. Los defensores habían recibido órdenes de disparar cuidadosamente eligiendo sus blancos y unos cuarenta franceses cayeron en la altura. Los que estaban todavía abajo vacilaron. Fue entonces cuando los defensores cambiaron de blanco y llenaron de fuego y plomo las columnas napoleónicas.

El enemigo se retiró algunos pasos, pero antes de retirarse definitivamente, comenzó a contestar el fuego graneado que se les hacía desde las defensas. Los cañones de las baterías cercanas lo apoyaban y los guardias suizos, ayudados por la altura, disparaban también contra los defensores. Los oficiales franceses animaban a su gente y en un segundo ataque lograron llegar hasta la brecha. Cochrane hizo explotar las primeras cargas defensivas y los atacantes volaron por los aires para luego verse bombardeados por una lluvia de piedras y polvo. Cuando aún no se apagaba el ruido de la explosión, la comarca entera retumbó con el grito de victoria de los ingleses. Gritos que fueron seguidos por granadas de mano cuyas explosiones se mezclaron con los ayes de dolor de los heridos. La van-

guardia de la columna atacante había caído en la explosión y los soldados restantes se retiraron.

En sólo diez minutos los franceses volvieron a formar sus batallones y al salir el sol estaban ya a medio camino de la entrada del fuerte con banderas desplegadas y tambores batientes. Un batallón, encabezado por un gallardo coronel, se desprendió de la columna y avanzó al trote contra las defensas. Eran mil hombres que avanzaban impertérritos sobre los escombros todavía humeantes y los cadáveres de sus compañeros caídos. El coronel era el alma de esa columna. Espada en mano y con su bizarro uniforme, exhortaba a sus hombres a seguirlo sin preocuparse de los disparos con la mayor sangre fría imaginable. Una granada de mano le cayó entre los pies, pero la tomó sin cuidado alguno y la arrojó lejos, a donde fue a estallar.

El propio Cochrane lo observaba detrás de un parapeto y cuando el coronel esquivó una segunda granada, le dijo a Marryat:

—“Nada puede curar a este amigo que no sea una onza de plomo en el estómago, lo que es una lástima porque es un excelente muchacho, pero no hay más remedio” (4).

Tomó, pues, el propio comandante el fusil de un subordinado, apuntó y disparó. El coronel se detuvo. Se llevó las manos al pecho y cayó de espaldas. Sus soldados lo recogieron mortalmente herido. Muerto el líder, no fue posible para los franceses proseguir el ataque. La tropa comenzó a retirarse a pesar de los gritos y hasta de las amenazas de los oficiales. Esta vez no surtieron efecto los disparos de las baterías ni de los guardias suizos. Cochrane había perdido sólo tres hombres, muertos en el encuentro.

Se reanudó, pues, la antigua rutina de disparos durante el día y de reparaciones durante la noche. Los cadáveres de los soldados franceses habían quedado sin sepultura en la tierra de nadie y todas las noches sombras sigilosas partían de ambas líneas a recoger trofeos. Muchos de los cadáveres estaban casi desnudos, sólo el del coronel se mantenía respetuosamente sin tacha. Pero Cochrane consideró que las reglas humanitarias y las de la guerra exigían que se les diera sepultu-

ra. Con este fin hizo que un guardiamarina saliera con un piquete y bajo una bandera de tregua a ejecutar esta labor. Los franceses no respetaron esta bandera y abrieron fuego contra la patrulla. Cochrane les ordenó continuar adelante y sólo cuando comenzaron a cavar fosas junto a los cuerpos, comprendió el enemigo que no se trataba de un ardid y les permitió trabajar en paz. Pronto bajó el propio Cochrane con la aparente tarea de ayudar a los sepultureros, pero con la intención de reconocer la posición enemiga.

Estaba cerca del cadáver del valiente coronel, cuando Cochrane observó que llevaba un anillo de diamantes. Uno de los marineros pidió permiso para sacárselo y Cochrane se lo concedió. Pero la rigidez cadavérica no permitía que el anillo saliera con facilidad. El marinero sacó su cuchillo y comenzó a aserruchar pacientemente el dedo del coronel. Los franceses dispararon entonces un cañón de a 24 con tan buena puntería que hicieron saltar el zapato del aserruchador y la pala de uno de los observadores. El capitán ordenó entonces a sus marineros que se retiraran dentro del fuerte mientras él solo se mantuvo tranquilamente sin inmutarse ante los tiros de los guardias suizos que comenzaron a caer por doquier. Marryat se sintió obligado, como su ayudante, a quedarse con él. Así describe la peligrosa escena:

"Estaba yo tras él en estas reflexiones y como el tiroteo se hacía cada vez más nutrido, me acerqué donde él caminaba hasta ponerlo a él entre yo y los tiradores. "Mi comandante —le dije—, yo soy sólo un guardiamarina y el honor no me importa tanto como a Ud. y por lo tanto, si a Ud. no le molesta, me voy a tomar la libertad de esconderme detrás de su persona". El se rió y me contestó: "Yo no sabía que Ud. estaba aquí, guardiamarina, pues era mi intención que Ud. se retirara con los otros, pero en vista que está fuera de su puesto, Mr. Marryat, voy

a hacer uso de su persona en el mismo ingenioso modo que Ud. pensaba hacer con la mía. Mi vida puede tener alguna importancia aquí, pero la suya, muy poca o ninguna, y puedo obtener otro guardiamarina de cualquier buque con sólo pedirlo. De manera que póngase detrás de mí y haga de defensa".

"A la orden señor —le dije—, por supuesto", y tomé mi posición como se me indicaba.

"Bien —dijo Cochrane—; si Ud. se "dobla" lo llevaré en mis brazos" (5).

Cochrane ya había probado que podía detener a los franceses. Sin esperanza de refuerzos y sabiendo que no obtendría ventaja alguna, se preparó para abandonar la posición. Los españoles que defendían la torre más alta se rindieron y los franceses instalaron nuevamente las baterías que amenazaban el desembarcadero. En un momento dado, toda la guarnición emprendió veloz carrera y no paró hasta dar en los desembarcaderos, donde tomó los botes para dirigirse a bordo sin haber sufrido una sola baja. El último en salir fue Cochrane, que se detuvo a pegar fuego personalmente a las mechas. Pero por una falla o accidente las cargas no explotaron completamente. De esta manera, al día siguiente, que era el 6 de diciembre, lejos de observar desde su fragata un montón de ruinas, tuvo que contemplar el pabellón francés flameando sobre las defensas que tan valientemente había defendido.

Notas:

- (1) J.W. Fortescue, "Dundonald", Mac Millan and Co. London, 1916, pg. 57.
- (2) Frederick Marryat, "The Naval Officer", L.E. Carey and Hart, Philadelphia; 1833, 2 volúmenes. Vol. I pg. 87.
- (3) Ibid. pg. 87.
- (4) Ibid. pg. 90.
- (5) Ibid. pg. 94.

